

Recorriendo la Mancha, el buen hidalgo
 ya sueña en alta voz. Mas no se arrea
 con la cimera pluma en el birrete;
 ni el descalzado guante está en su diestra;
 ni tiene fina espada de Toledo,
 ni borceguí bordado... Sólo lleva
 todo un mundo prendido de sus ojos;
 y dentro de su espíritu, una hoguera...
 ¿Qué embrujo le ganó tan sin medida?
 ¿Qué camino recuero, qué vereda
 vieron su caminar, enardecido
 por la fiebre divina de la Idea?
 ¿Qué suavidad del campo le contagia?
 ¿Qué secretos la Mancha le desvela?
 ¿Qué atracción le retiene el pensamiento
 y de la ancha luz el corazón le llena?

Por estos campos de Montiel cabalga
 Don Miguel de Cervantes Saavedra...
 Lo mejor de la Mancha, embebecido,
 como una flor, en su ilusión se queda:
 el recodo ignorado de un sendero,
 la paz oscura de un mesón cualquiera,
 una torre, las aspas de un molino,
 frondas y luces de Sierra Morena,
 vuelos de colibrí, versos al aire
 del carcaj de un sotillo en la ladera...
 En una encrucijada de silencios,
 aire sin estrenar que en él se estrena;
 y un coloquio labriego, y unas preces,
 y un madrigal enjaretado a medias;
 y prendida en la luz resbaladiza
 de un reverbero de la tarde quieta,
 tras la brumosa cerrazón distante,
 tentación de aventuras y de leguas...

* * *

Y así nació, como en abril la rosa,
 —regalo de los cielos— la epopeya...
 Y así, Quijada, el Ingenioso Hidalgo,
 de lanza en astillero, adarga vieja,
 flaco rocín y galgo corredor,
 de vida clara y de prosapia añeja,
 comienza a padecer sus aventuras,
 de la mano nerviosa del poeta...
 El, la ilusión; y Sancho, prosa viva;
 él, para el sueño; y Sancho, a ras de tierra;
 para Quijada, el pensamiento noble;
 y para su escudero, las miserias;
 Sancho Panza, en la alforja y en las hambres;